
EL FUNERAL

Mira que lo dije. Mira tú que lo pedí como favor, pues nada. Aquí estoy: Solo y cagado de miedo. Esto de morir tiene más mala sombra aún de lo que uno se imaginaba ¿Dónde habrán ido todos? Jo..., ¿no podían haber esperado hasta la cremación, o turnarse para ir a tomar el cubata? Espero que si es eso a lo que han ido, no se le ocurra al gracioso de turno el chiste de brindar por mi salud ¿Quién será esa pareja que acaba de entrar...? No tengo ni idea. Seguro que son dos despistados, no hay mas que verlos. Bueno, ella por cómo llora y cómo me mira parece que no..., se te agradece la llorera, prenda, pero te juro que ni puta idea. En cambio él... Él de entrada es un guarro, que no hay mas que ver los *garfañones* que se está dando en los *güevos*. Pero tu cara... ¿De qué me suena a mí tu cara, tío? Da igual, ya me acordaré ¿Hace calor o es que a mí me lo parece, encajonado como estoy entre tanta seda y tantas flores? ¿No debiera ser lo contrario? A este paso no llego en condiciones al crematorio. Espero que a causa de ello no se vean obligados a ponerme la tapa encima. Supongo que realmente estaré muerto porque si no maldita la gracia que tiene la cosa... ¡ Ya está, tío, ya te he localizado! Tú eres..., claro, tú eres el jefe de Claudia... Como ves, no está. Seguro que se la han llevado a la cafetería para que tome algo... Pero déjate ya los *güevos*, tío, que

te los vas a escardar... Es increíble lo sórdido que puede llegar a ser un lugar como éste. Hasta ahora no me había puesto a reparar en ello..., claro que, mirándolo bien, a quién le va a importar que esto sea un sitio agradable. Decididamente ni hasta este tránsito es ya lo que era. En mi familia casi todos murieron en sus camas. Los velamos veinticuatro horas y les guardamos un respetuoso luto hasta que la memoria nos dulcificó la ausencia con la trampa de los recuerdos. Parándome a pensar, la verdad es que no sé de dónde me viene este yuyu y este acojone que tengo ahora mismo si las referencias nunca fueron traumáticas. Mis abuelos, mis tíos y mis padres murieron sin aspavientos. A su debido tiempo enfermaron de nada, que es el camino mas recto para morir, y este paso lo dieron sin la más mínima duda de que ya lo tenían todo hecho. Yo lo tengo todo a medias. Yo fui al hospital porque las jodidas cervicales me tenían el brazo izquierdo en un grito. Era como si un perro hubiese hecho presa en él y me lo estuviese arrancando poco a poco. Yo sólo fui al hospital a que me diesen un calmante y no a padecer aquella ignominia de la gorda enfermera que se acaballó en mi pecho golpeándolo mientras gritaba... ¡Se nos va, se nos va...! Nos ha jodido si me fui. Al segundo puñetazo se me cerraron los pulmones y fue como una de esas ahogadillas en las que pierdes el norte y la compostura y acabas cagándote en la madre del bromista. Mentalmente, eso sí. Cuando tras un leve fagonazo recuperé la calma, el culo se me abrió y me cagué. Así, literalmente. Me pasó lo mismo que a un amigo mío el día en que se comió unas ostras en mal estado y sus traicioneras tripas no tuvieron la compasión de re-

ventarle la miseria en solitario. Pero a diferencia de él no sentí el más mínimo rubor. Cuando vi cómo me zarandeaban y la legión de agujas que el bordador de mis brazos aguantaba estoicamente, supe que había muerto y el pánico me empujó a querer meterme de nuevo en aquel cuerpo que ya estaba cerrado a cal y canto. No sabía yo –cómo lo iba a saber- que tu propio cadáver se pueda convertir en algo tan monolítico, tan sin fisuras y tan inmisericorde. Me veo a mí mismo y aún no alcanzo a entender la relación entre el muerto y lo que soy ahora. Lo mismo esto de morir es asimilar de una vez por todas que nunca se sabe nada. Decía antes que todo lo tengo a medias y no es verdad..., bueno, tampoco mentira del todo. Eso venía a cuento porque mi resistencia a ir al hospital era como una premonición. De pronto me di cuenta que a todo lo hecho y vivido había que colocarle aún cortinas y muebles y de alguna manera supe que yendo al hospital el piso se me iba a quedar desangelado. Pero la insistencia de la Claudia, que me lo venía anunciando desde que cumplí los treinta, pudo con todos mis argumentos. Yo tenía que haber estado más listo, pues de siempre supe que me había casado con una medio bruja que, además, tiene boca de cabra ¡Pues ya me dio el dichoso infarto! A ver ahora a quién le das la tabarra... Parece que..., sí es ella. Esos hipidos son inconfundibles... y la otra que viene llorando con ella es..., claro, es Elisa. Elisa, pobrecita mía, que después de tantos años sin aclararnos está claro dónde la sitúa la realidad. Toda la vida intentando encontrarme el morbo, calibrando longitud y latitud, y sopesando pegarme un polvo sin ternura para, al final, llevarse tamaña

decepción. Es el pero que tiene ser tan carnal. Sin saber cómo –y juro que jamás se me ocurrió dar pistas- Elisa se montó la película de que un polvo conmigo era algo para lo que estaba destinada. Me atribuyó dotes y artimañas de un amante tan insaciable como eficaz y..., claro, cuando se las apañó para ver como me amortajaban, la visión de este más que discreto sexo mío le ha dejado el polvo para siempre en los crueles espejismos de la memoria. Pobre Elisa. Nunca sabrá que el gran polvo de nuestras vidas es algo así como la eternidad, que llegará cuando ya haya dejado de interesarnos. De momento yo no la veo. A la eternidad, me refiero. Para todos vosotros como que ya estoy allí, pero si pudiera os juraría que ahora mismo lo que me preocupa es el mal rato que estáis pasando. Siempre he sabido la clase de patrimonio que tenía en los amores. Sí, amores. Cada uno ha sido lo que ha querido en su pacto de amistad pero al final, os hablo en serio, nunca he sabido distinguir si nos quisimos de mera palabra o a través del sexo, que es como mejor se demuestran los caminos de la razón. Y razón..., bueno, para qué gastar saliva si ya sabemos todos cuánta razón hemos compartido. Lo único que os voy a seguir pidiendo es que tardéis en olvidarme... Por lo que voy captando aquí, me da la impresión de que morir, lo que se dice morir, solo lo haré el día que me olvidéis. Hombre, siempre habrá algunos más proclives que otros, pero eso depende de la particular manera con la que uno imagine este trago. Yo recuerdo que una tía mía -mi tía Oliva, a la que seguramente veré un día de estos descansando en paz por aquí- con sólo oír la palabra muerte se metía en cama. Vivía muy modestamente en lo

que entonces llamaban un corralón. En su vida no había hecho más que parir y llevar lo mejor posible la borrachera perpetua de su marido, pero vivía. Se le veía en los ojos; en su desdentada sonrisa siempre en flor uno entendía que a pesar de toda su miseria vivir la ponía cachonda. Ya lo he dicho, sólo la palabra muerte conseguía amargarla. Nunca entendí esa afición a vivir pese a todo. Hoy intuyo que se descubrió feliz estando sola, o que la soledad la hizo inmune a esa desdicha que la realidad se encargaba de tener constantemente al día. Hasta morir lo hizo reivindicando el mejor símil de la vida. Me dijeron que antes de irse dijo sin resentimiento de ninguna clase: *Tengo las mismas ganas de apretar que en el primer parto...* Hombre, yo ahora mismo no puedo decir que comparta esa sensación. Como mucho que estoy bastante jodido. No sé si esto me acerca a lo de empujar en un primer parto, supongo que hay diferencias. En todo caso ahora mismo hay como una imperiosa necesidad de recordar. Parece que tengo que hacerlo para que este rito tenga sentido. Y un sólo temor: Mi mala memoria, su desorden y que yo siempre he recordado lo que me ha dado la gana y convenido...

LA FELICIDAD

La felicidad es poder creer que ha llegado el momento de sentarte a esperarla. A mí, creyendo que me hacían una putada, me pusieron el sillón para ello a los cincuenta años. Quien pensó que jubilándome a esa edad me pasaba factura por casi treinta años de mala leche y beligerancia continuada..., pues eso, que acertó por los cojones. Los que me conocen saben que he tenido la *suerte* de trabajar en el sector donde más hijos de puta se dan por metro cuadrado, la Banca. Y si alguien cree que esto debería matizarlo o se siente ofendido, que me pida explicaciones. Con mucho gusto. Salvo una honrosa excepción, no he tenido por encima más que a mediocres, cabrones, meapilas, ignorantes y pelotas. Toda la gama de la *hijaputez* que puede darse entre los miserables. Pero esto no merece ni una letra más. Lo dicho, que con aquella luminosa idea de la jubilación me pusieron a vivir. Ya tenía una idea de lo malvivido, pero hasta entonces no se me vino encima tan dolorosa certidumbre. A los cincuenta, como que uno pierde el pudor. Yo creía no haberlo tenido jamás, pero luego se entiende que has estado castrado toda la vida con líos, compromisos y obligaciones. Una amalgama de miedos que se fueron ajamonando en el alma y que uno oprimía con esa misma faja de la novicia a la que dos tetas descomunales la tienen en un perpetuo

dómine. Eso, que perdí el pudor. Que aprendí a mirar sin miedo, a oír lo que me daba la gana y a tocarme por dentro con la misma avaricia y el mismo despropósito de aquellas primeras pajas a las que el pecado hacía magistrales en placer y docencia. Bien es cierto que hoy la felicidad se aleja de las grandes cosas. La hemos tenido tanto tiempo en la meta que sus trofeos y banderolas se han desvaído. A esta edad, la felicidad no tiene esas prioridades que antes, todas juntas, eran en sí la exacta definición de su existencia. La mezcla de amor, pasión, poder, salud y notoriedad, es una foto en sepia que ha dejado de emocionarme. El amor, que lo tengo desde los tiempos en el que el mar tenía un espejo adivinatorio, se me ha acaballado en el pecho como una untura de menta. Serenado, sin tiempos muertos, sin esquinas ni aires que lo distorsionen, hoy es un *voyeur* de sí mismo. Ha racionalizado la pasión y la utiliza de método y manera, exonerada ya su condición de detonante. En sus inicios, el amor miente sin saberlo y se entrapa con sorpresas y adivinaciones de nigromante. Para él lo empírico es el luminoso destello de una bola de cristal que gira vertiginosamente en el silencio..., como si el silencio no fuese la teoría más aterradora del fracaso. Nuestra relación, el primer chispazo que disfrazado de amor le puso pasión a nuestras naturalezas aún inéditas, nació del crimen. Aquello fue una cadena que nos pegó la sombra sin fisuras, pero a la vez removió la previa historia de humillaciones y miedos hasta que vomitamos nuestro sometido corazón de adolescentes. Hoy, cuando la miro, me cuesta creer tanta ternura. La vida ha dejado de implicarnos en todos sus horrores y la emoción se limita periódicamente.